

REFLEXIONES ACERCA DE LA SOCIEDAD HISPANA REFLEJADA EN LA «GEOGRAFIA» DE ESTRABON *

ADOLFO J. DOMINGUEZ MONEDERO

Universidad Autónoma de Madrid

Con el presente trabajo me planteo una reflexión acerca de la visión que transmite el geógrafo griego Estrabón, de Iberia, desde el punto de vista de algunos de los elementos que configuran la vida organizada socialmente de sus pueblos, pero también del papel que dentro de la misma ocupa el fenómeno conocido como «romanización», al menos según la visión del geógrafo. De la misma forma, intento esbozar una hipótesis, hasta cierto punto avalada por Estrabón, acerca del proceso que determinó que el bandolerismo se convirtiese en una fuente económica de primer orden en toda la Iberia interior y Atlántica, y forma de vida predominante en esas áreas, ya antes de la presencia romana. Finalmente, basándome en datos económicos, pero que resultan apoyados por otros tipos de pruebas, considero que en la Península pueden distinguirse dos regiones claramente diferenciables: la levantino-meridional y el resto de Iberia y que, por otra parte, Estrabón percibió perfectamente tal disparidad, de modo que sus testimonios son como son porque se ordenan sobre este presupuesto.

In this work my purpose is thinking about Greek geographer Strabo's view of Iberia, from the view-point of some of the elements which shape the socially-ordered life of its people, but also about the part which inside it occupies the phenomenon known as «Romanization», at least, according to the geographer. Likewise I am trying draw an hypothesis, partially supported by Strabo himself, about the process through which brigandage became an outstanding economic source throughout Interior and Atlantic Iberia, and prevalent way-life in those areas, even before the Roman presence. Lastly, resting upon economic facts, but also supported by other sorts of evidence, I believe that in the Iberian Peninsula, two parts are easily appreciated, neatly different each other: the Eastern-Southern one, and the rest of Iberia; besides, Strabo knew so accurately such disparities, that his witness is such as it is, because it is built over that assumption.

Hablar de *sociedad hispana* en época de Estrabón (65/63 a. C.-19/20 d. C.) es, en el mejor de los casos, inexacto e incorrecto. Efectivamente, hemos de pensar, por una parte, que los conceptos geográfico-nacionales no significan apenas nada dentro del *orbis romanus*; por otra, que la heterogeneidad geográfico-cultural dentro de la Península Ibérica era muy grande, debido a una serie de factores, que pretendo ir exponiendo. Fi-

* Este trabajo recoge, modificadas donde y cuando ha sido necesario, las principales conclusiones de nuestra memoria de licenciatura «La sociedad hispana a través de la “Geografía” de Estrabón» que, dirigida por el doctor don José María Blázquez Martínez, fue leída en septiembre de 1980 en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid.

nalmente, que la época de Estrabón tampoco es, en líneas generales, la descrita en el libro III de su *Geographiké* sino que, en ocasiones, es una visión con una antigüedad no menor a los cincuenta años, pero que suele ser mayor, debido ello a la diversidad de fuentes que el geógrafo de Amaseia emplea. Por todo ello, el hablar de *sociedad hispana* no deja de ser un convencionalismo para indicar la «suma» de todas y cada una de las *sociedades* que habitan en Iberia (Hispania para los romanos), y de las que trata el autor helénico, pudiendo ser individualizadas en cada uno de los *pueblos* que él mismo menciona. (Así podremos hablar de *sociedad* arévaca, *sociedad* lusitana, *sociedad* edetana, etc.).

No obstante, y puesto que no podemos tratar *in extenso* de todas y cada una de estas sociedades, tendremos, por fuerza, que hacer abstracción de los rasgos fundamentales que cada una de ellas aporta, e intentar estudiarlos en su conjunto para, de esta forma, trazar las líneas maestras que las caracterizan y, en definitiva, ver qué tipo de estructuración percibió Estrabón en el ámbito ibérico, y podemos percibir también nosotros.

Voy a prescindir de la problemática estrictamente geográfica que plantea Estrabón (*vide* mapa número 1), y de la enumeración concreta y detallada de todos y cada uno de los pueblos peninsulares que este autor menciona (y de los que no menciona), para lo cual remito al mapa número dos, así como de otras cuestiones secundarias, para centrarme en los diversos aspectos que configuran la vida organizada socialmente de los mismos; igualmente, conviene aclarar que voy a tratar de ceñirme, en lo posible, a la obra de Estrabón, no pretendiendo dar una visión de conjunto en base a testimonios de otras fuentes, escritas o arqueológicas, sino *la visión* que de Estrabón puede extraerse.

Por lo que se refiere a la economía, podemos decir que las fuentes principales de riqueza eran las derivadas del cultivo de la tierra y de la ganadería, con mayor o menor importancia de una sobre la otra, según las zonas, pero siendo predominantes ambas actividades con relación a terceras, y básicas para el desarrollo de la vida. (Renuncio a relacionar todas las referencias a la agricultura y ganadería, que figuran en el libro III por su gran abundancia, lo que nos indica, indirectamente, su importancia cuantitativa). Pero además de estas fuentes primarias, nos encontramos con otra actividad, harto generalizada, que es el bandidaje o bandolerismo (III, 3, 5; III, 3, 7; III, 3, 8; III, 4, 5; III, 4, 13; III, 4, 15), al menos en algunas regiones. En este fenómeno cabe hacer un poco más de hincapié. Antes de la llegada de los romanos y, posteriormente, tras la misma, el bandolerismo, generalmente bastante bien organizado, llegó a ser un importantísimo medio de subsistencia de ciertas comunidades indígenas en zonas bastante amplias de la Península, especialmente en las regiones interiores, no siendo, pues, en su origen, una forma de resistencia a Roma. La causa de este fenómeno generalizado entre muchos de los pueblos antiguos de Iberia, aunque en proceso de desaparición en el momento en que escribe nuestro autor, parece ser la misma: la falta de tierras que obliga a los más pobres a buscarse el sustento arrebatándoselo a los vecinos (III, 3, 5). Sin embargo, yo me atrevo a apuntar una causa más, combinada con la anterior que, según Estrabón, obliga a un grupo determinado de individuos (aunque en ocasiones a unidades sociales completas) a poner en marcha su capacidad bélica, con la finalidad de arrebatarse a otras sociedades los artículos que han producido: y esta causa es el *carácter guerrero* que Estrabón observa en gran parte de los pueblos peninsulares (III, 4, 5) en general, aunque haga alguna matización en algún caso (III, 3, 8). Si examinamos más de cerca el texto del geógrafo griego vemos que (a pesar de las confusiones y peligrosas generalizaciones en que incurre), son los pueblos de la Meseta, los pueblos del Norte y los pueblos de Occidente los que más «afectados» se hallan por este *carácter guerrero* (coincidiendo, en líneas generales, con los pueblos más afectados por el bandolerismo, según III, 3, 5). Es por ello por lo que me permito relacionar el bandolerismo con el carácter guerrero de determinados pueblos, además de con su evidente trasfondo económico.

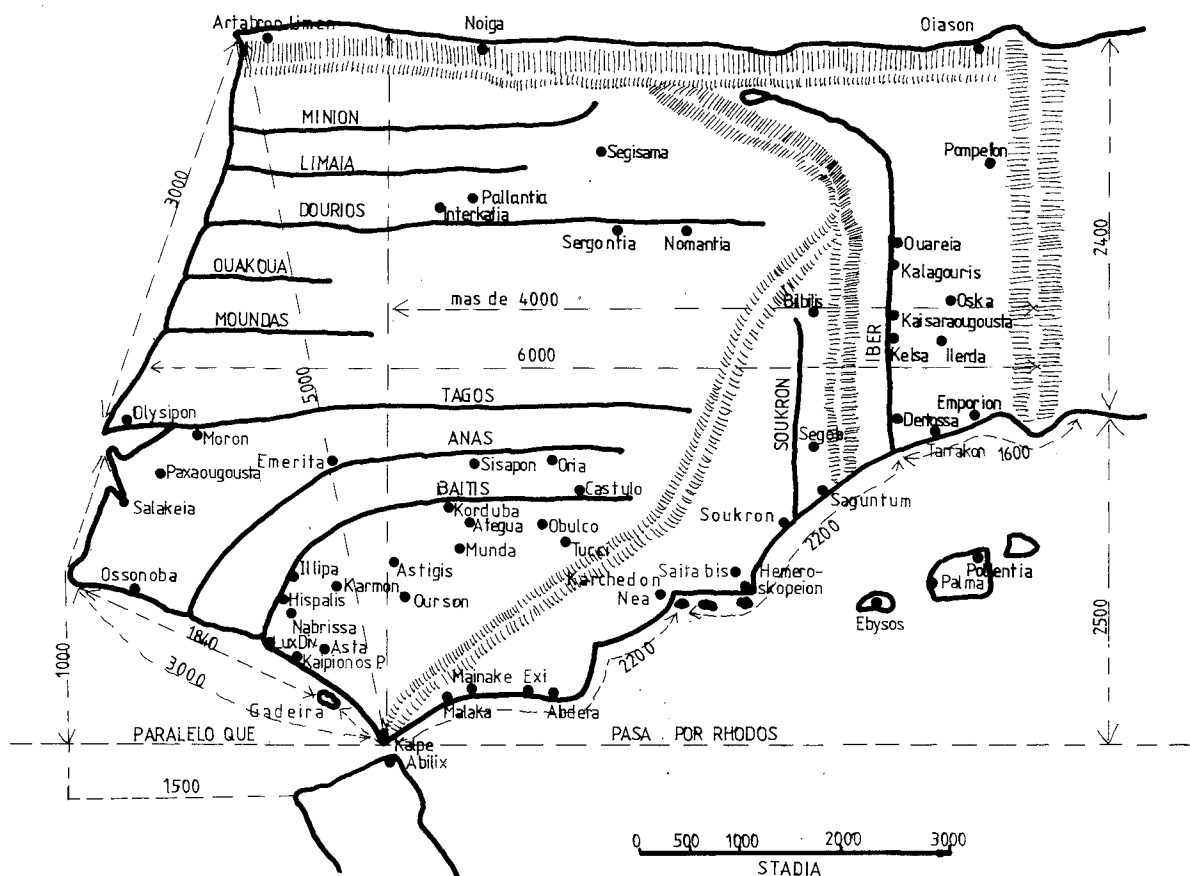


Figura 1. — Iberia según Estrabón (según García y Bellido)

Con relación a esto creo, particularmente, que no hay «pueblos guerreros» por naturaleza (en contra de lo que parece implicar III, 3, 8), sino que cuando hay algún pueblo «guerrero», es decir, una de cuyas actividades habituales es el ejercicio de la violencia, esto se debe a un motivo determinado (o a una sucesión de ellos), que se convierte en objeto de estudio. En el caso de los pueblos peninsulares, estos motivos pueden ser variados, pero el principal de ellos puede ser la presencia de unos pueblos recientemente asentados (entendiéndose el «recientemente» en sentido relativo), que plantean una serie de problemas. Nos estamos refiriendo, obviamente, a los pueblos indoeuropeos. Vamos a prescindir aquí del tratamiento de la problemática inherente a su presencia en la Península, así como a los testimonios de todo tipo de la misma; igualmente, no vamos a entrar en cuestiones de denominación, por más que el propio Estrabón conozca a éstos como *Celtas* y *Celtiberos*, emigrantes (III, 4, 5; III, 4, 12) y ya asentados plenamente en la época en la que él escribe. Simplemente diremos que, si según las últimas interpretaciones, entre los indoeuropeos hispanos no hay elementos de la cultura de La Tène, deberá fijarse, teniendo también en cuenta retardamientos locales, una fecha en torno al 500 a. C. como último momento posible de penetración de estos individuos en Iberia, aunque probablemente sea anterior, estableciéndose fundamentalmente en la Meseta Oriental (Celtiberia), pero afectando de diferentes formas a todos los territorios peninsulares más o menos próximos.

Hemos de pensar que la larga marcha de estas sociedades emigrantes desde sus remotos hogares centroeuropeos no estuvo exenta de dificultades, que se materializarían en la existencia, más o menos organizada, de los habitantes indígenas de las regiones por las que atravesaban y en las que, eventualmente, se asentaban, siquiera fuese con carácter temporal. Este hecho, indudablemente, ha ido creando una serie de hábitos guerreros, de la misma forma que de sus enemigos vencidos han ido obteniendo un botín, difícilmente cuantificable, pero sin duda alguna importante desde el punto de vista del prestigio, pero también del de la economía. En efecto, la economía de estos pueblos en marcha es, fundamentalmente, ganadera pero sin desdeñar tampoco la práctica de una agricultura de tipo itinerante que no ha de bastar para satisfacer todas las necesidades de la sociedad (hombres, mujeres y niños, ya que sabemos que viajaban todos juntos). Esto hace que la práctica del saqueo en los lugares por los que pasan, sea imprescindible para atender a las necesidades económico-alimenticias de la misma; saqueo, pues, fundamentalmente de productos alimenticios conservados como excedentes por las poblaciones sedentarias, o simplemente destinados al consumo inmediato de las mismas.

En un momento determinado, estos pueblos indoeuropeos empiezan a hacer acto de presencia en la Península, estableciéndose, cabe pensar que por la fuerza (III, 4, 5), y en un proceso que puede abarcar varias generaciones, en amplias zonas peninsulares (ya hemos mencionado antes cómo, muy probablemente, en la Meseta Oriental, al menos los más recientes, y zonas limítrofes).

Se produce un fenómeno complejo, lamentablemente muy difícil de estudiar por falta de datos, pero cuyos rasgos esenciales pueden ser:

- Creación de una superestructura indoeuropea, centrada en organizaciones suprafamiliares de carácter gentilicio, que se hará con los principales recursos productivos.

- Existencia de elementos que podríamos calificar de «indígenas», sin entrar en más detalles acerca de su origen étnico-cultural que, en gran medida, se verían desposeídos de sus tierras y ganados, en beneficio de los recién llegados o, en el mejor de los casos, obligados al trabajo de la tierra al servicio de sus nuevos dueños.

- Previsible aumento de la población, debido a las mejores condiciones de vida derivadas de la forma de vida sedentaria que parece ser la adoptada.

- Agricultura y ganadería desarrolladas posiblemente a un mero nivel de subsistencia, incapaces de abastecer eficazmente a la población, unido a la situación de desposesión en la que se ven incluidos ciertos elementos sociales «indígenas», pero tal vez también «indoeuropeos», desvinculados de la organización gentilicia, y simples «guerreros», no relacionados con las *gentes* dominantes.

Las consecuencias de este proceso son fundamentalmente dos:

- De una parte, la emigración de los elementos «sobrantes» de la población a otros territorios, en forma más o menos pacífica, según los casos, y que daría lugar (sin duda en unión de otros factores) a la indoeuropeización de gran parte de la Península. A la larga estos individuos provocarían el desequilibrio entre producción y consumo en los territorios en que se integren, planteándose allí, nuevamente, los mismos problemas a los que su marcha pretendió poner remedio en sus lugares de procedencia.

- De otra parte, el surgimiento del bandolerismo como práctica habitual de subsistencia, ejercido tanto contra sociedades «indoeuropeas» como no indoeuropeas, por parte de individuos «marginados» de una u otra forma.

De esta manera, el «carácter guerrero» de algunos de los pueblos peninsulares puede explicarse por el hecho de que, efectivamente, tienen que estar permanentemente en pie de guerra, frente al ataque de bandoleros. De la misma manera, el bandolerismo tiene más oportunidades de surgir en sociedades donde, tradicionalmente, el arrebatarse sus propiedades a los vecinos es la práctica fundamental, como debió de haber sido el caso entre los pueblos indoeuropeos en movimiento, como veíamos anteriormente.

De modo que, en mi opinión, el origen del bandolerismo en Iberia hay que achacarlo a la presencia de individuos indoeuropeos que, gracias a su cohesión social y a su superioridad bélica, se apropian de una serie de territorios, desposeyendo a sus anteriores propietarios o reduciéndoles a un estado de necesidad tal, que les obliga emigrar a su vez (siendo esto causante de problemas si no inmediatamente, sí en el plazo de varias generaciones) y/o a dedicarse al bandolerismo como único medio de vida, junto con elementos de origen indoeuropeo (o indoeuropeizado) no vinculados con los grupos dominantes que se han ido formando. La solución violenta es lógica si se piensa en que la práctica del saqueo había sido lo normal durante la emigración (el «carácter guerrero» de estos individuos). Al tiempo, la acción de estas bandas contra las sociedades organizadas (de reciente o de antigua creación), contribuye a forjar el tópico del «carácter guerrero» de los pueblos que habitan en Iberia.

El bandolerismo, así introducido, presumiblemente, engendra a su vez más bandolerismo. Y esto es algo que percibe claramente Estrabón cuando en III,3,5, habla de los pueblos al Norte del Tajo y dice:

«Como es natural, las poblaciones montañosas habían sido las primeras en dar ejemplo de este modo de existencia ajeno a toda legalidad, porque a fuerza de vivir sobre un suelo miserable y de escaso beneficio, habían llegado a desear los bienes de otros pueblos. Al rechazarlos, éstos perdieron fatalmente el control de sus propios asuntos, hasta tal punto que entre ellos la guerra reemplazó también a la agricultura de modo que, a consecuencia de ello, el país, privado de cuidados, dejó de producir sus riquezas naturales y se pobló, en cambio, de bandidos». Del texto puede deducirse un excesivo simplismo por parte de Estrabón por lo que se refiere al origen del bandolerismo, pues no es tanto la causa (aunque influya) el vivir en «un suelo miserable y de escaso beneficio» cuanto la desigualdad económica entre los distintos miembros de la sociedad de la que se hacen eco, empero, los autores que tratan de la conquista romana. En lo que sí acierta Estrabón es en la descripción del desarrollo del bandolerismo, engendrado por el bandolerismo. En efecto, desde el momento en que un pueblo es atacado y privado de sus recursos año tras año, ha de plantearse la cuestión de su propia supervivencia, que se le demuestra no puede lograr por la vía pacífica, por lo que ha de tomar las armas, por una parte para defender lo que es suyo y, por otra, para arrebatar al atacante o, si llega el caso, a un tercero, lo que él necesita y que le han arrebatado.

Así, este fenómeno se va extendiendo paulatinamente de tal manera que, obviadas otras consideraciones, se convierte en medio habitual de vida, al menos para partes importantes de las distintas comunidades involucradas, activa o pasivamente, en el fenómeno, puesto que cabe pensar que el mismo afectaría a un grupo concreto de individuos, fundamentalmente a aquellos cuyas tierras fuesen sólo suficientes para su autoabastecimiento y a los que cualquier revés o imprevisto llevaría a la ruina, acompañada del hambre. De esta forma, el bandolerismo, ejercido por los elementos más débiles económicamente de una sociedad, va a afectar, fundamentalmente, a los representantes del mismo nivel económico-social de las sociedades vecinas, aunque también es probable que en otras regiones (especialmente, según parece, entre los pueblos del Norte), sea el grupo social el que, en su conjunto, practique esta actividad, como puede desprenderse de Estrabón III, 3, 7; en otros lugares, además, esta práctica debió de dar lugar al debilitamiento de los lazos gentilicio-familiares, al formarse una serie de «partidas» cuyo único vínculo común entre sus miembros es la sumisión a la autoridad de un jefe, y su también común deseo de obtener un rápido beneficio económico, al margen de los cauces «normales» de la sociedad. Es también este hecho el que, por otra parte, refuerza los vínculos familiares entre aquellos que no se ven afectados de modo directo y acuciante por el problema, hasta tal punto que perdurarán en amplias zonas durante la época imperial romana.

De todas formas, y sean unas u otras las causas y los agentes originadores, está claro que el problema que subyace al bandolerismo es la carencia de tierras, ya por parte de una comunidad completa (?) o por parte de una serie determinada de individuos. Y también complementario de lo anterior, la poca calidad y productividad de las mismas, agravada por el estado de guerra permanente en que se vive. Todo ello hace que el bandolerismo sea, a falta de otras, la principal, o una de las principales fuentes de riqueza en la antigua Iberia (pero también, qué duda cabe, causa de empobrecimiento), hasta que los romanos obvien el problema mediante repartos de tierra, como el propio Estrabón hace ver (III, 3, 5). Y que es la carencia de tierras o, incluso, de técnicas adecuadas de cultivo el factor desencadenante del mismo, puede verse teniendo en cuenta el caso vacceo, pueblo que con un sistema, si no original, sí innovador en la Península (Diodoro, V, 34), consigue un sistema de tenencia de tierras estable, al tiempo que comunitario, y unos excedentes anuales, lo que le hace el blanco de los ataques de los pueblos limítrofes, aunque sus recursos debían ser lo suficientemente importantes como para no verse ellos mismos avocados al bandolerismo, puesto que no poseemos referencias a este fenómeno entre ellos. Es, pues, obvio, que los otros pueblos no habían aún encontrado un sistema equitativo de distribución de la tierra, lo que origina estos problemas sociales que se van arrastrando desde siglos, antes de que Estrabón nos dé cuenta puntual de ellos.

Finalmente, una duda; y es que, a pesar de lo dicho, el propio carácter de las fuentes, incluido Estrabón, impide saber hasta qué punto era elevada la incidencia *real* del fenómeno. No obstante, quizá nos halleemos más próximos a la verdad en el punto medio: Ni tan grande como las fuentes tratan de hacérselo ver, ni tan insignificante como algunos autores modernos pretenden.

Tratado este punto, retornamos a otras actividades económicas «normales».

Zonas de gran importancia agrícola y ganadera, debido al gran desarrollo alcanzado para la época, son las meridionales y levantinas (III, 4, 16), donde, por otra parte, no es muy grave la incidencia del bandolerismo propio, aunque haya de sufrir ataques de los pueblos vecinos. Estas actividades, en estas zonas y, muy especialmente en la turdetana, aunque también en Levante, se basan en la propiedad latifundista, como se desprende del carácter casi «industrial» de las explotaciones, con unos cultivos típicamente mediterráneos a gran escala, y con vistas a la exportación (III, 2, 4; III, 2, 6), favorecida sin duda por la economía mundial introducida por Roma, y con centro en ella (III, 2, 5), pero también ayudada por los establecimientos coloniales romanos (III, 2, 1), y por las facilidades naturales (III, 2, 4) sin perjuicio todo ello de que los propios romanos no hayan hecho otra cosa que heredar y desarrollar unas estructuras ya existentes, lo que parece bastante probable. Es, pues, en estas zonas donde la agricultura y la ganadería tendrán un papel realmente importante en cuanto que formas económicas preponderantes, y enfocadas más a unos propósitos, llamémosles «industriales», que de autoabastecimiento.

Siguiendo dentro de los aspectos económicos, otro es la artesanía. Esta, entendida en un aspecto de producción a gran escala, y con vistas a una ulterior comercialización es poco importante en gran parte de la Península, especialmente en las partes centrales y septentrionales de la misma, no por carencia de materias primas, sino más bien por falta de conocimientos suficientes entre los habitantes de esas tierras para su aprovechamiento, a lo que quizá también se una la lejanía de los centros de decisión del momento, y la dificultad de las comunicaciones (III, 3, 8). Por el contrario, de la región costera, meridional y levantina, y sus áreas de influencia, es de donde proceden la mayor parte de las exportaciones, tanto de productos agrícolas como de productos manufacturados (III, 2, 6). Ello no quiere decir, empero, que la artesanía a pequeña escala no exista; por el contrario, la confección de tejidos, armas, artículos de uso doméstico, etc., por parte de estos individuos nos la atestigua perfectamente Estrabón.

Por lo que se refiere a la minería, sabemos que, aparte de las alabanzas generalizadas, estaban a pleno rendimiento, en época de Estrabón, las minas turdetanas (III, 2, 3; III, 2, 8-9) y las de Carthago Nova (III, 2, 10) y levantinas (III, 4, 6), fundamentalmente; y también se conoce la existencia de minerales en las regiones al Norte del Tajo, pero nos informa Estrabón de que, al menos en época de Posidonio, no se practicaba una auténtica minería, sino más bien la recogida del mineral nativo arrastrado por las aguas (III, 2, 9); así, a pesar de ser regiones naturalmente ricas, los indígenas no sacan beneficio de estas riquezas (III, 3, 5), de donde se desprende que la minería está al servicio de los colonizadores, romanos en este momento, pero que heredan, qué duda cabe, esta actividad de los colonizadores anteriores, que fueron quienes enseñaron a los indígenas el valor del mineral, iniciando la explotación, que proseguirán los romanos.

Otra importante fuente económica, en determinadas zonas, y a la que ya hemos aludido, es el comercio (III, 2, 6). Del mismo modo, éste es intenso, alcanzando niveles verdaderamente importantes en las regiones meridional y oriental de Iberia, realizado, en la época en que escribe Estrabón, casi fundamentalmente con Roma y con Italia, lo que nos está indicando, en definitiva, que es Roma quien está marcando la pauta en la vida económica hispánica, importando, precisamente, aquellos productos que necesita, o bien para el abastecimiento de la propia ciudad, o bien, como parece probable también, para redistribuirlos, de forma que la *urbs* se arrogaría un importante papel dirigista dentro de la economía mediterránea del momento, a pesar de las opiniones frecuentes al respecto, lo que, por otra parte, tampoco es de extrañar, dado el papel que Roma empieza a desempeñar de cara a todo el mundo mediterráneo, enteramente bajo su control. Acerca, por otra parte, del comercio interior, poco es lo que sabemos, aunque no deber ser excesivamente importante en grandes partes de la Península, hasta tal punto que el propio Estrabón menciona el desconocimiento de la moneda por gran parte de los pueblos del cuadrante noroccidental de Iberia, que practican el intercambio, aunque también menciona que dan pequeñas láminas de plata recortada (III, 3, 7), esto último, sin duda, por influencia romana, y donde hay que ver el lento tránsito de una economía de intercambio a otra pre-monetal (junto al aprecio de los metales preciosos por parte de los indígenas, también enseñado por Roma). Causa importante, sin duda, que contribuye negativamente al desarrollo del comercio, es la mala red de comunicaciones (III, 1, 2), unida al aislamiento secular y a la inseguridad de las rutas existentes por problemas de bandolerismo; situación que, posiblemente, empiece a remediarse con la pacificación del Norte peninsular y con la recuperación de Hispania, que tiene lugar en el mismo momento en que escribe Estrabón (III, 4, 20) que, obviamente, no puede conocer los resultados concretos de la misma, aunque la Arqueología (principalmente por lo que se refiere a la distribución de las ánforas y otras cerámicas), demuestra que ya en los últimos momentos del siglo I a. C., y durante el siglo I d. C., las relaciones del interior peninsular y el Norte con las regiones costeras meridionales y levantinas son mucho mayores que en momentos anteriores, lo que viene a corroborar el relativo éxito que ha alcanzado esta política augustea mencionada por Estrabón.

En el aspecto económico, pues, el libro III de Estrabón nos da a conocer la existencia de dos zonas bien delimitadas: la levantino-meridional y el resto de la Península, con una serie de características propias cada una de ellas, que las hacen bastante diferentes entre sí; por más que puedan diferenciarse las distintas regiones que constituyen cada uno de estos dos grandes conjuntos, no creo que ello sea obstáculo para reconocer que existen una serie de características comunes dentro de ellos, que hacen perfectamente válida esta distinción:

— En la primera, tenemos la existencia de una agricultura y ganadería a gran escala, basadas en la concentración de tierras, cultivadas por clientes y por una mano de obra servil (a juzgar por la rentabilidad de las mismas), y tendente en gran medida a la

exportación de los productos obtenidos. Igualmente, alcanzan un desarrollo importantísimo la minería, la artesanía «industrial» y, a consecuencia de ello, el comercio. Aunque puede haber algún tipo de inestabilidad social a causa de ello, ésta no llega a determinar fenómenos que dificulten el normal desarrollo de la producción en tales áreas, y que lleguen a constituirse en forma habitual de vida de individuos «marginados». Las causas de este desarrollo económico hay que buscarlas en la temprana presencia de colonizadores orientales, que propician el mismo, junto con la presencia, desde un primer momento también, de los romanos que, en líneas generales, prosiguen este tipo de política.

— Por lo que se refiere a la segunda zona considerada, destacaremos que, salvo la posible excepción que constituye el pueblo vacceo, la agricultura y ganadería apenas se hallan desarrolladas o, por mejor decir, lo están a un nivel insuficiente como para atender al abastecimiento absoluto de los pueblos que allí viven, unido a los problemas de mala distribución de tierras y al no menos importante, y quizá esencial para comprender el problema, de baja rentabilidad de las mismas, debido a lo arcaico de los procedimientos empleados. Estas dos actividades primarias tienen que ser complementadas, parcialmente, con la recolección de frutos que crecen espontáneamente y, en menor medida y según las zonas, por la caza; además, la otra gran fuente de recursos para importantes grupos humanos es la práctica del bandolerismo, que hemos de considerar perfectamente organizado. Por lo que se refiere al resto de las actividades económicas (minería, «industria», comercio), puede decirse que la existencia es casi nula o, al menos, apenas suficiente para el autoabastecimiento. Es, pues, prácticamente, una economía de subsistencia la practicada por el conjunto de estos pueblos o, al menos, por una parte de sus miembros, puesto que también hay individuos que forman parte de los grupos sociales privilegiados, que también existen, y cuyas fuentes de riqueza proceden, en el mejor de los casos, de la explotación del resto de los miembros del grupo social.

Hemos, pues, distinguido dos zonas fundamentales, cuyas diferencias en el aspecto económico son importantes y que fueron, en mayor o menor medida, ya identificadas por el propio Estrabón (III, 4, 13; III, 4, 16). Pero es un hecho que los autores de la Antigüedad no se suelen caracterizar, precisamente, por su afición a transmitirnos datos meramente económicos *per se*, sino que, de aparecer, lo hacen dentro del marco de una argumentación concreta, con unos fines determinados; con ello quiero decir que hemos hecho afirmar a Estrabón algo que él, sin duda, no habría planteado jamás, basándose en datos económicos. Pero realmente esto tampoco quiere decir, como acabamos de ver, que Estrabón no hubiese percibido ya la realidad peninsular. Y, en efecto, así era; lo que ocurre, sin embargo, es que la preocupación del geógrafo se centra, en cierto modo, en ver hasta qué punto se ha producido la «romanización» o, si se quiere, y ya que este término parece suscitar actualmente alguna polémica, hasta qué punto, y en qué medida, las comunidades indígenas han asimilado y han rechazado elementos culturales introducidos por los romanos, y cuáles han sido éstos. Esto puede verse en la relativa insistencia con la que nos transmite las «ventajas» que se derivan de la presencia de Roma, y el matiz peyorativo con que habla de los que no se ven sometidos a las mismas, así como en el cierto «romanocentrismo» (a pesar de su carácter «orgullosamente» helénico) de algunas de sus afirmaciones (por ejemplo, III, 5, 3).

Evidentemente, la respuesta que nos proporciona Estrabón es parcial e incompleta, pero a pesar de ello, nos permite ver cuál es el grado de influencia cultural romana en Hispania en el cambio de Era. Podemos decir que la labor de «romanización» estaba completada en todo el Sur peninsular y en el Levante, prácticamente completada en la Meseta Central y en la zona lusitana (III, 2, 15; III, 4, 20), apenas iniciada en la cornisa septentrional, aunque el geógrafo nos da noticias de los progresos que se han hecho desde el final de las guerras hasta el momento en que él escribe, gracias al establecimien-

to de unas legiones que mantienen la paz, al tiempo que sirven de elementos civilizadores (III, 3, 8). Sus resultados, por lo que sabemos de la Historia posterior de la zona, no debieron ser muy brillantes, porque su rudeza y primitivismo, así como su cultura, netamente indígena, son objeto de comentario en autores muy posteriores.

En muchas zonas, como en la Turdetania (o Bética), la lengua hablada era el latín, como indica el propio Estrabón y la forma de vida e, incluso, la indumentaria eran netamente romanas (III, 2, 15). Por lo general, pues, a través de la obra estraboniana puede verse un nivel bastante alto de romanización juzgando, al menos, por los datos que nos suministra, correspondientes a su propia época, pues por él mismo sabemos que cien años, y más, antes en época de Posidonio y Polibio, por ejemplo, la situación era muy otra, como puede verse si se tiene en cuenta lo que hemos venido diciendo acerca del bandolerismo y de su área de expansión, lo cual no se contradice con lo que aquí indicamos por cuanto que ambos fenómenos se hallan separados por un importante espacio cronológico e, incluso, pueden servirle al propio Estrabón para demostrar lo beneficioso de la presencia de Roma.

Esta «romanización», pues, en líneas generales, se extiende a los dos tercios meridionales de la Península y toda la zona costera catalana, abarcando el interior, aunque en algunos lugares con carácter discontinuo. Prueba de que la romanización de estas zonas en el cambio de Era, era ya aceptable, es que siglos después, el eje económico y social de la Hispania romana se trasladará a la Meseta, especialmente a la Submeseta Norte y Valle del Ebro, que en la época de Estrabón están en vías de integrarse totalmente al modo de vida romano.

Por lo que se refiere al tercio septentrional, por una parte, por lo reciente de la conquista (que acababa, prácticamente, de concluir cuando escribe Estrabón) y, por otra, por la ausencia casi total de colonos, que refleja dicho autor y cuya importancia se muestra decisiva (III, 2, 1; III, 2, 2; III, 2, 15 y especialmente III, 3, 5), siendo insuficiente, con vistas a una aculturación profunda, la presencia de fuertes contingentes militares (de lo que sí se hace eco nuestro autor), esta romanización es prácticamente inexistente, por más que pueda traslucirse una indudable atracción de estos indígenas por parte de los romanos, siquiera con fines militares (III, 3, 8); no obstante, y a pesar de decir el propio Estrabón que las guerras están ya terminadas, no puede dejar de reconocer, en el mismo pasaje, que no en todo el territorio han penetrado las dos «ventajas» principales, la paz y la llegada de los romanos.

Debemos decir igualmente algo acerca de lo que nos transmite Estrabón sobre dos grupos de ciudades que siguen manteniendo unos caracteres propios y perfectamente distinguibles. Nos referimos a las ciudades fenicias y griegas. Por lo que se refiere a las primeras, nos informa el autor griego que gran parte de las regiones meridionales de la Península (especialmente las costeras) y las regiones vecinas, estuvieron habitadas por los fenicios, y lo seguían estando en su propia época (III, 2, 13). Lamentablemente, no sabemos gran cosa del modo de vida de sus habitantes y, por consiguiente, si seguían conservando tradiciones y formas de vida propias (ello no quiere decir que no pueda saberse por otras vías, como la Arqueología o la Numismática). En la ciudad más importante de todas ellas, Gades, por desgracia Estrabón se pierde en excesivas divagaciones acerca de fenómenos naturales; no obstante, sí podemos llegar a saber que, aparte de su *Cronion* y su *Herakleion*, que permiten suponer la existencia, como tantas veces se ha dicho, de una serie de formas de vida genuinamente semíticas, en época del autor se realizó un censo que arrojó la cifra de quinientos caballeros (*equites*) gaditanos (III, 5, 3). Esto puede interpretarse como un indicio claro de romanización, pero también debe pensarse que la mayor parte (si no todos) estos *equites* no eran otra cosa que los descendientes de los grandes personajes acaudalados, de origen semítico, en cuyas manos había estado el control de la economía fenicia primero, y cartaginesa después, en la Penín-

sula. Este «rápido» ascenso social, cuyos exponentes principales serían los Balbos, auténticos *evergetes* locales (III, 5, 3), sería debido a su temprana alianza con Roma en el transcurso de la Segunda Guerra Púnica (III, 1, 8; III, 2, 1) y a su importante actividad comercial (III, 5, 8).

Con respecto a las ciudades griegas, junto a los tan debatidos datos acerca de Mainake (III, 4, 2), Hemeroskopeion, Sagunto y otras ciudades secundarias (III, 4, 6), y Rhode (III, 4, 8; XIV, 2, 10), acerca de las cuales nada diremos por no transmitirnos Estrabón apenas datos, debemos mencionar a Emporion. Los datos que acerca de esta ciudad nos transmite nuestro autor (III, 4, 8), parecen no corresponder a su propia época, puesto que las noticias que nos da son similares a las que otros autores nos transmiten, y no se hace referencia a otros hechos posteriores, como la probable concesión del *status* colonial por parte de César. No obstante, puede verse cómo esta ciudad mantenía su propia forma de vida y su peculiar forma de relación con el elemento indígena, que terminaría por desembocar en la asimilación del modo de vida romano, por los contactos intensos con ellos, y sin que supusiera una transformación sustancial de sus formas tradicionales de vida.

De esta forma, podemos ver cómo la asimilación del modo de vida romano por parte de las ciudades griegas y fenicias es relativamente rápido y en absoluto nada traumático, pero junto a este proceso, que tal vez afectase, de hecho, más a la forma que al fondo, no es improbable que estas entidades urbanas mantuviesen largo tiempo sus peculiares formas de vida e, incluso, su lengua (al menos por lo que se refiere a las fenicias). Ello, sin duda, se debe precisamente al hecho de que ya eran *ciudades*, exactamente iguales, en sus líneas generales, a lo que era, o había sido, Roma; y ya sabemos que «romanización» equivale a «urbanización», si es que pretendemos que la aculturación ha sido profunda, siendo la ciudad el parámetro que permite medir el grado de «civilización» de un territorio o un país concreto, de lo que es consciente el propio Estrabón (III, 4, 13).

Finalmente, otro aspecto del que podremos decir algunas palabras es el de la organización social de los pueblos peninsulares. Los datos que a este respecto nos transmite Estrabón son, lamentablemente, escasos; vamos aquí, simplemente, a comentarlos, sin complementarlos con los que nos proporcionan otras fuentes, ya que aquí lo que nos interesa es ver la visión de Estrabón. Hay una primera e importante diferenciación: salvo en las costas mediterráneas, no puede hablarse de la existencia de ciudades (*poleis*), pues las condiciones físicas no lo permiten (III, 4, 13). Así, pues, la mayor parte de la población de la Iberia interior vive en aldeas (*komaî*); conocida es la digresión que se permite el autor cuando dice que muchos generales llaman ciudades a lo que no son otra cosa que aldeas grandes (*megale komaî*) (III, 4, 13), de donde puede deducirse que, a pesar de la no existencia de ciudades, en algunos casos estos núcleos debían ser considerablemente importantes, hasta tal punto que, en ocasiones, Estrabón, contradiciéndose, les dará el nombre de ciudades (III, 3, 5). Sabe también el geógrafo que, al menos entre el Tajo y la costa cantábrica, estas entidades de población estaban enclavadas en los altos, aunque en su propia época, los romanos han obligado a los individuos a establecerse en el llano (III, 3, 5); frente a ello, las *poleis* de Turdetania se alzan junto a los ríos, los esteros o el mar (III, 2, 1-2).

Por lo que se refiere a los datos que nos pudieran hablar de una estratificación social, éstos, aunque pequeños en número, también existen. Entre los pueblos del Norte predomina una situación social basada en la cohesión de la familia (*genos*) materializada en la celebración de banquetes, en los que la colocación de los comensales viene determinada por la edad (*helikía*) y el rango (*timé*) (III, 3, 7); acerca del eventual carácter matriarcal (o matrilineal, más probablemente) de estos pueblos o de parte de ellos, del que tanto se ha hablado, sistema que Estrabón llama *gynaikokratía*, creo probable que

las noticias que él ha recibido acerca del papel social de la mujer (o de los parientes masculinos por línea materna) no ha sabido interpretarlas correctamente, no existiendo esta *gynaikokratía*; por lo demás, no es inconveniente alguno para el sistema de los banquetes en común, con situación jerárquica en el mismo, que la transmisión de los bienes se haga por la línea femenina. Dentro también de todo esto está la cuestión de la «covada» (III, 4, 17), en la que no entraremos por haber sido objeto ya de detallados estudios. Dentro del contexto de los pueblos del Norte, aunque probablemente no aplicado sólo a ellos, menciona Estrabón también la costumbre de que ciertos individuos se consagren (*kataspendein*) hasta la muerte a alguien (III, 4, 18), sin duda sus jefes. La importancia del liderazgo personal queda puesta de manifiesto por el propio autor cuando hace referencia a un suceso ocurrido a los «celtas» que viven en torno al río Limia, que no supieron qué hacer cuando murió su jefe (III, 3, 5).

Sabemos también que la importancia de la cohesión familiar es muy grande entre los celtíberos y sus «vecinos del Norte» (III, 4, 16); estos vecinos del Norte a que aquí se alude no pueden ser otros que los berones, como explícitamente atestigua Estrabón en III, 4, 12, que, al igual que los celtíberos, procedían de la «emigración céltica». Es decir, que entre el elemento indoeuropeo de la Península, es la unidad familiar (posiblemente también una unidad económica, a juzgar por el nombre, *panoikia*, que recibe) la fundamental, al menos por lo que se refiere a la realización de las ceremonias destinadas a honrar a sus dioses, aunque siendo, por ello mismo, probable que esta unidad familiar-económica hubiese determinado una serie de fenómenos sociales concretos (*vid. supra*, con respecto a los orígenes del bandolerismo); no obstante, poco más es lo que puede decirse de su carácter.

Finalmente, podemos también observar cómo entre los lusitanos hay presente una diferenciación social y, probablemente, económica, manifestada en el empleo de distintos tipos de armamento, los más costosos, empleados por unos pocos, y los más baratos, por la mayoría. De la misma manera, puede hablarse de una probable «especialización» sacerdotal.

De los datos de Estrabón creo que no pueden deducirse directamente más cosas acerca de la organización y estructura social de los pueblos ibéricos, a no ser lo que anteriormente apuntábamos sobre el debilitamiento de las vinculaciones gentilicias (en algunos casos) a causa de la persistencia del bandolerismo, gracias al surgimiento de jefes-caudillos de cuya importancia, en ocasiones, nos habla Estrabón, pero de la que nos transmiten más datos autores anteriores.

Otro aspecto importante, como es la religión, lo dejaremos de lado, porque lo controvertido del tema, la escasez relativa de los datos que presenta Estrabón, y la imprecisión, en muchos casos, de ellos, y el necesario recurso a otros testimonios ajenos al mismo, harían que esta exposición resultase harto prolija y engrosase considerablemente el volumen de las presentes líneas. No obstante, diremos que el autor centra su interés en las religiones indígenas (donde parece que tiene ideas poco claras), religión fenicia y religión griega, estas dos brevemente; no parece prestar atención a las formas de la religión romana.

No iremos más adelante; como visión rápida acerca del carácter de la sociedad peninsular en el cambio de Era, creo que es suficiente. Por otra parte, el propio texto de Estrabón no permite ir mucho más allá en base exclusivamente al mismo; pero creo, y sirva a modo de conclusión, que la idea que tiene el geógrafo griego de Iberia es la de un *país* (en sentido geográfico) cuyas regiones costeras meridional y oriental, y su respectivo *hinterland*, se encuentran en un proceso de casi absoluta integración al modo de vida romano, mientras que las regiones interiores se encuentran en un estado realmente atrasado, por más que se hayan introducido «recientemente» algunas mejoras; de la misma manera, no parece importarle apenas el hecho de que las fuentes más próximas a su épo-

ca, que maneja, tengan una antigüedad de más de sesenta años (¡y no digamos nada de las menos próximas!), lo que viene a decirnos que los cambios ocurridos presumiblemente en ese período, no aparecen reflejados más que esporádicamente. Por todo ello, la visión que nos proporciona Estrabón de la sociedad hispana no deja de ser, en cierto sentido, una visión diacrónica, evolutiva incluso, aunque este concepto no parece estar presente en nuestro autor, para quien Iberia, como objeto de estudio, parece hallarse como algo intemporal, abierto a su indagación en base a unas fuentes más o menos anticuadas, y a las que se concede crédito o no según unos criterios estrictamente subjetivos y personales de nuestro autor (III, 1, 5; III, 2, 11; III, 2, 13; III, 4, 4; III, 5, 7), habiendo ocasionalmente atisbos de la realidad de su época. No sólo no nos está reflejando Estrabón la sociedad hispana de su época, sino que lo que quizá pudiera verse, de no ser tan parcas las noticias que en muchos casos nos transmite, es el concepto que acerca de Iberia han tenido los autores griegos, al menos desde Homero, tanto de su Geografía como de su Historia; lo que ocurre es que esta visión diacrónica es traducida a otra mucho más «intemporal» por Estrabón, que en su composición intenta «definir» cada una de las regiones o territorios en base a los testimonios de que dispone, o que le parecen más adecuados; de esta forma, la ingente cantidad de datos que los geógrafos griegos (conocidos o no) habían ido acumulando sobre Iberia a medida que fue siendo conocida, son empleados por nuestro autor en cuanto que útiles para la visión que pretende dar del país, o rechazados en el momento en que plantean problemas a esta visión. El inconveniente para nosotros de este modo de proceder es que la causa profunda de muchos de los aspectos y problemas que se tratan no nos viene dada, realmente, por nuestro autor, al menos de forma explícita, por lo que es necesario, en ocasiones, intentar ver qué es lo que calla, o por desconocimiento, o por desinterés (y éste es otro problema), con los evidentes peligros que ello entraña.

No obstante, y a pesar de todos sus defectos, Estrabón sigue siendo la fuente insustituible para el estudio de la Península Ibérica, al menos para el período histórico que se inicia con el desembarco de los Escipiones en Emporion en 218 a. C., momento a partir del cual, los romanos, apoyándose en las regiones ya «conocidas», iniciarán el «descubrimiento» del interior de Iberia, cuyas características nos transmitirán, fundamentalmente, autores griegos, como recalca Estrabón cuando, con el orgullo y autosuficiencia propia del «heleno» ante el «bárbaro», nos habla con desdén de la capacidad romana para la observación (III, 4, 19). Es ese período de tiempo el que empieza a proporcionar datos más concretos para las zonas interiores; por ello, la imagen que Estrabón nos da de ellas es bastante más «reciente», mientras que los datos disponibles para las regiones costeras son de una mayor antigüedad.

Finalmente, la Geografía de Estrabón, y concretamente su libro III, nos permiten comprobar hasta qué punto el trabajo de «gabinete» o de «biblioteca», con sus ventajas e inconvenientes, empieza a sustituir al conocimiento directo, adquirido por los propios viajes y observaciones (que también llevará a cabo nuestro autor para redactar otras partes de su obra geográfica); pero a pesar de, o quizá precisamente a causa de ello, no hay que quitar o añadir mérito a su obra, ni justificar sus errores ni alabar sus aciertos; simplemente, tomarla como lo que es, una sistematización (subjetiva, como todas las sistematizaciones) de los conocimientos de su época sobre el mundo conocido; podríamos, incluso, teniendo en cuenta la elección consciente de sus fuentes, y de sus temas, achacar la responsabilidad de sus afirmaciones al propio Estrabón. De esta forma, la sociedad hispana que queda reflejada en su Geografía es, en definitiva, la que él *quiso* que conociésemos (y lo cierto es que, en muchos casos, es la única que podremos conocer).

BIBLIOGRAFIA

ADVERTENCIA.—El planteamiento del presente trabajo hace que en el mismo no se reflejen de forma inmediata las opiniones de otros autores. No obstante, en su redacción original éste formaba parte del apartado de conclusiones, por lo que las mismas se vieron condicionadas por el estudio pormenorizado de los distintos pueblos peninsulares, para el cual se empleó una amplia bibliografía, de la que destacamos los siguientes títulos:

— Ediciones y traducciones de Estrabón:

GARCIA Y BELLIDO, A., 1945: *España y los españoles hace dos mil años según la «Geografía» de Strabon*. Madrid.

JONES, H. C., 1924: *The Geography of Strabo*. London.

LASSERRE, F., 1966: *Strabon. Géographie*. Paris.

MEINEKE, A., 1877: *Strabonis Geographica*. Leipzig.

MÜLLER, C.; DÜBNER, F., 1853: *Strabonis Geographica*. Paris.

SCHULTEN, A., 1952: *Estrabón. Geografía de Iberia*. Barcelona.

VELOZO, F. J.; CARDOSO, J., 1965: *Estrabão: Livro III da «Geografia». Primeira contribuição para uma nova edição crítica*. Oporto.

— Obras de carácter general y de temas concretos:

ABAD, L., 1975: *El Guadalquivir como vía fluvial romana*. Sevilla.

ALMAGRO BASCH, M., 1951: *Las fuentes escritas referentes a Ampurias*. Barcelona.

ALONSO FERNANDEZ, C., 1969: «Relaciones políticas de la tribu de los arévacos con las tribus vecinas». *Pyrenae*, V, 131-140.

APARICIO, J., 1977: *Las raíces de Mogente: prehistoria y protohistoria*. Valencia.

ARRIBAS, A., 1976: *Los iberos*. Barcelona.

ARTEAGA, O., 1978: «Los Pirineos y el problema de las invasiones indoeuropeas». *II Col·loqui internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. 13-30.

AUJAC, G., 1966: *Strabon et la science de son temps*. Paris.

BALIL, A., 1975: *Historia Social y Económica. La España Antigua (Indígenas y colonizadores)*. Madrid.

BARANDIARAN, J. M., 1973: *Obras completas*. Bilbao.

BARANDIARAN MAESTU, I., 1965: «Problemas de la Prehistoria y la Etnología vasca». *Caesaraugusta*, XXV-XXVI, 128-131.

BARANDIARAN MAESTU, I., 1978: «Los pueblos vascos». *II Col·loqui internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. 225-229.

BARBERO, A.; VIGIL, M., 1971: «La organización social de los cántabros y sus transformaciones en relación con los orígenes de la Reconquista». *Hispania Antiqua*, I. 197-232.

BARREIRO, X. R., et alii, 1976: *Los Gallegos*. Madrid.

BELTRAN, A., 1963: «El río Ebro en la Antigüedad». *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*.

BLANCO, A., 1960: «La cultura castreña». *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. 179-194.

BLAZQUEZ, J. M., 1957: «La economía ganadera de la España antigua a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas». *Emerita*, XXV, 159-184.

BLAZQUEZ, J. M., 1958 a: «La religiosidad de los pueblos hispánicos vista por los autores griegos y latinos». *Emerita*, XXVI, 79-110.

BLAZQUEZ, J. M., 1958 b: «Sacrificios humanos y representaciones de cabezas en la Península Ibérica». *Iatamus*, XVII, 27-48.

BLAZQUEZ, J. M., 1962 a: «La expansión celtíbera en Bética, Carpetania y Levante y sus causas». *Celticum*, III, 409-428.

BLAZQUEZ, J. M., 1962 b: *Religiones primitivas de Hispania. I. Fuentes literarias y epigráficas*. Madrid.

BLAZQUEZ, J. M., 1966: «Los vascos y sus vecinos en las fuentes literarias griegas y romanas de la Antigüedad». *IV Simposio de Prehistoria Peninsular*. 177-206.

BLAZQUEZ, J. M., 1967: «Estructura económica de la Bética al final de la República Romana y a comienzos del Imperio». *Hispania*, XXVII, 7-62.

BLAZQUEZ, J. M., 1968: «Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto». *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*. 191-269.

BLAZQUEZ, J. M., 1970: «Las religiones indígenas del Noroeste de la Península Ibérica en relación con Roma». *Legio VII Gemina*. 65-76.

BLAZQUEZ, J. M., 1971: «La Iberia de Estrabón». *Hispania Antiqua*, I. 11-94.

BLAZQUEZ, J. M., 1972: «Economía de Hispania al final de la República romana y a comienzos del Imperio, según Estrabón y Plinio». *Revista de la Universidad de Madrid*, XX. 3 y ss.

BLAZQUEZ, J. M., 1974: *La Romanización*. Madrid.

BLAZQUEZ, J. M., 1976: «Música, danza, competiciones e himnos en la Hispania Antigua». *Bellas Artes*, LI. 41-60.

- BLAZQUEZ, J. M., 1977: *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*. Madrid.
- BOSCH-GIMPERA, P., 1974: *Paletnología de la Península Ibérica*. Colección de Trabajos sobre los Celtas, Iberos, Vascos, Griegos y Fenicios. Graz.
- BRANCATI, A., 1963: *Augusto e la guerra di Spagna*. Urbino.
- CABRE, J., 1939-40: «La Caetra y el Scutum en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro». *BSEAA*; 57 y ss.
- CAMPMAJO, P.; PADRO, J., 1978: «Els Ceretans». *II Col·loqui internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. 189-210.
- CARO BAROJA, J., 1943: «Regímenes sociales y económicos de la España prerromana». *Revista Internacional de Sociología*, 1-3; 149-190. 285-317.
- CARO BAROJA, J., 1946: *Los pueblos de España* (reimp.). Madrid.
- CARO BAROJA, J., 1954: «La escritura en la España pre-romana. (Epigrafía y Numismática)». *Historia de España Menéndez Pidal*, 1, 3. 679-812.
- CARO BAROJA, J., 1970: «Organización social de los pueblos del Norte de la Península Ibérica en la Antigüedad». *Legio VII Gemina*. 9-62.
- CARO BAROJA, J., 1971 a: *Etnografía histórica de Navarra*. Pamplona.
- CARO BAROJA, J., 1971 b: «La 'realeza' y los reyes en la España Antigua». *Cuadernos de la Fundación Pastor*, 17. 51-159.
- CARO BAROJA, J., 1977: *Los pueblos del Norte*. San Sebastián.
- CARRIAZO, J. M., 1974: *Protohistoria de Sevilla*. Sevilla.
- CARVALHO, J., 1956: «A cultura castreja. Sua interpretação sociologica». *Occidente*, L.
- CASTRO GARCIA, L., 1970: *Pallantia prerromana*. Burgos.
- COSTA, J., 1879: *Organización política, civil y religiosa de los celtíberos*. Madrid.
- COSTA, J., 1891: *Estudios ibéricos. (La servidumbre entre los iberos.—Litoral español del Mediterráneo en los siglos VI-V a. C.)* Madrid.
- COSTA, J., 1898: *Colectivismo agrario en España. Doctrinas y Hechos*. Madrid.
- CUADRADO, E., 1960: «El mundo ibérico. Problema de la cronología y de las influencias culturales externas». *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. 221-256.
- CUADRADO, E., 1968 a: «Corrientes comerciales de los pueblos Ibéricos». *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*. 117-142.
- CUADRADO, E., 1968 b: *Un pueblo prehistórico hispano: Los Iberos*. Madrid.
- CURA-MORERA, M., 1971: «El poblament prerromà en les comarques centrals de Catalunya». *Bol. Arq. de la Real Sociedad Arqueológica Tarraconense*, fasc. 113. 66 y ss.
- CURA-MORERA, M., 1978: «Contribució a l'estudi de les poblacions prerromanes de l'interior de Catalunya». *II Col·loqui internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*; 177-188.
- ESTEFANIA, M. D., 1963: «Aspecto económico de la penetración y colonización romana en Asturias». *Emerita*, XXXI, 43-52.
- FATAS, G., 1971: «Sobre suessetanos y sedetanos». *AEspA*, XLIV; 109-125.
- FATAS, G., 1973: *La Sedetania. Las tierras zaragozanas hasta la fundación de Caesaraugusta*. Zaragoza.
- FATAS, G., 1978: «La población prerromana del Pirineo central según las fuentes y los testimonios antiguos. (Estado de la cuestión)». *II Col·loqui internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. 221-223.
- FERNANDEZ NIETO, J., 1968: «Beribrases, edetanos e ilercaones. (Pueblos pre-romanos en la actual provincia de Castellón)». *Zephyrus*, XIX-XX. 115-142.
- FERNANDEZ NIETO, J., 1970: *Aurifer Tagus*. *Zephyrus*, XXI-XXII; 245 y ss.
- FERRER SOLER, A., 1947: «El poblamiento ibérico del Panadés y extensiones». *Ampurias*, IX-X, 272-286.
- FLETCHER VALLS, D., 1960: «Estado actual del conocimiento de la cultura ibérica». *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. Pamplona.
- FLOREZ, E., 1877: *La Cantabria. Disertación sobre el sitio y extensión que en tiempo de los romanos tuvo la región de los Cántabros*. (3.^a ed.). Madrid.
- FORT FORNAS, A., 1963: «Notas para un estudio de la vida en la Cataluña Ibérica». *II Symposium de Prehistoria Peninsular*. 89-100.
- FORTEA, J., 1970: *Recintos y fortificaciones en la Bética*. Salamanca.
- GARCIA Y BELLIDO, A., 1943: «Los Albiones del Noroeste de España y una estela hallada en el Occidente de Asturias». *Emerita*, XI, 418-430.
- GARCIA Y BELLIDO, A., 1944: «Música y danza entre los pueblos primitivos de España». *Investigación y Progreso*, XV, 65-76.
- GARCIA Y BELLIDO, A., 1945: «Bandas y guerrillas en las luchas con Roma». Reimpr. en *Conflictos y estructuras sociales en la Hispania Antigua*. Madrid (1977).
- GARCIA Y BELLIDO, A., 1954: «Arte Ibérico». *Historia de España Menéndez Pidal*, 1, 3. 373-675.
- GOMEZ TABANERA, J. M., 1966: *Ethnogenesis of the Spanish Peoples*. Madrid.

- GOMEZ TABANERA, J. M., 1968 a: *Las poblaciones prehistóricas de la Península Ibérica*. Madrid.
- GOMEZ TABANERA, J. M., 1968 b: *Los pueblos antiguos de la Península Ibérica*. Madrid.
- GONZALEZ, J. M., 1976: *Antiguos pobladores de Asturias. Protohistoria*. Salinas.
- GONZALEZ, J. M., 1952: «Noega - un problema de la antigua geografía astur». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*. XV, 35-55.
- GONZALEZ, J. M., 1958: «La costa cántabrica desde Bilbao a Figueras del Eo en los geógrafos romanos». *Revista de la Sociedad Geográfica*, n.º 389, pp. 11 y ss.
- GONZALEZ ECHEGARAY, J., 1949: «Tribus y ciudades de Cantabria». *Altamira*, 87-103.
- GONZALEZ ECHEGARAY, J., 1955: «La Geografía de Cantabria a través de los escritores romanos». *Anthologia Annua*, III, 339-404.
- GONZALEZ ECHEGARAY, J., 1959: «Sobre la Geografía humana de Cantabria». *Altamira*, 3-69.
- GONZALEZ ECHEGARAY, J., 1960: «Las noticias históricas sobre el pueblo cántabro». *Altamira*, 52-167.
- GONZALEZ ECHEGARAY, J., 1966: *Los Cántabros*. Madrid.
- GONZALEZ ECHEGARAY, J., 1977: *Cantabria a través de su Historia*. Santander.
- HERNANDEZ HERNANDEZ, F., 1976: *La cultura de los castros en el Occidente de la Meseta*. Salamanca.
- HOYOS SAINZ, L., 1943: *Etnogenia española y sus fases*. Madrid.
- HOYOS SAINZ, L., 1947: «Un avance a la etnogenia cántabra». *Boletín de la Biblioteca «Menéndez Pelayo»*, n.º 1. 29-56.
- HOYOS SAINZ, L., 1949: «Las tribus de la Romanización como base de la Antropología Española». *BRAH*, CXXV, 207-233.
- HOYOS SAINZ, L., 1953: «Sobre la antigua Vettonia y la actual Extremadura». *Estudios Geográficos*, XIV, 409-420.
- IGLESIAS GIL, J. M., 1977: «Estructura social, poblamiento y etnogenia de Cantabria». *Memorias de Historia Antigua*, I. 179-189.
- KARST, J., 1954: *Essai sur l'origine de basques, iberes et peuples apparentes*. Strasbourg.
- LAMBRINO, E., 1957: «Les Lusitaniens». *Euphrosyne*, I. 117-145.
- LEJEUNE, M. 1955: *Celtibérica*. Salamanca.
- LE ROUX, P.; TRANOY, A., 1973: «Roma et les indigenes dans le nord-ouest de la Péninsule Ibérique». *MCV*, IX. 177-231.
- LOMAS, F. J., 1974: «En torno a Noega y los Pésicos». *Habis*, V. 131-139.
- LOMAS, F. J., 1975: *Asturias prerromana y Alto-Imperial*. Sevilla.
- LOPEZ CUEVILLAS, F., 1952: «La etnografía de la cultura castreña». *Zephyrus*, III; 5-13.
- LOPEZ CUEVILLAS, F., 1953: *La civilización céltica en Galicia*. Santiago.
- LLOBREGAT, E. A., 1972: *Contestania Ibérica*. Alicante.
- MALUQUER DE MOTES, J., 1954 a: «Los pueblos Celtas». *Historia de España Menéndez Pidal*, I, 3, 5-194.
- MALUQUER DE MOTES, J., 1954 b: Los pueblos Ibéricos. *Historia de España Menéndez Pidal*, I, 3; 305-370.
- MALUQUER DE MOTES, J., 1955: «EL proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares». *Zephyrus*, VI, 146-149; 241-255.
- MALUQUER DE MOTES, J., 1966: «Consideraciones sobre el problema de la formación de los vascos». *IV Symposium de Prehistoria Peninsular*, 115-128.
- MALUQUER DE MOTES, J., 1968: *La España de la Edad del Hierro*. Madrid.
- MALUQUER DE MOTES, J., 1972: *Proceso histórico económico de la primitiva población peninsular*. Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J., 1977: «El poblamiento prerromano en la Meseta del Duero». *Symposium de Arqueología Romana. Bimilenario de Segovia*. 17-31.
- MANARICUA, A. E., 1973: «Fuentes literarias de época romana acerca del pueblo vasco». *II Semana Internacional de Antropología Vasca*, 273-291.
- MANGAS, J., 1977: «Servidumbre comunitaria en la Bética prerromana». *Memorias de Historia Antigua*, I. 151-161.
- MARCOS POUS, A., 1966: «Esquema sobre la relación cultural entre los vascos, indoeuropeos y romanos en la región navarra». *IV Symposium de Prehistoria Peninsular*, 169-172.
- MARTIN TOBIAS, R., 1960: *Estudio del poblamiento layetano en el Maresme y sus estribaciones*. Barcelona.
- MARTIN TOBIAS, R., 1963: «Poblamiento y demografía ibérica». *II Symposium de Prehistoria Peninsular*. 77-87.
- MARTIN VALLS, R., 1974: *Protohistoria y romanización de los vettones*. Valladolid.
- MARTINEZ SANTAOLALLA, J., 1946: *Esquema paletnológico de la Península Ibérica*. Madrid.
- MONTEAGUDO, L., 1957: «Localização das Casiterides e Oestrymnides». *Revista de Guimarães*, LXVII, 372-416.

- MONTENEGRO, A., 1971: «Los orígenes de los vascos». *Hispania Antiqua*, I, 271-334.
- PASTOR MUÑOZ, M., 1977: «Participación indígena astur en la vida social romana». *Memorias de Historia Antigua*, I, 191-200.
- PEDECH, P., 1976: *La Géographie des Grecs*. Paris.
- PERICOT, L., 1952: *L'Espagne avant la conquête romaine*. Paris.
- PITA MERCE, R., 1948: *Los ilergetes*. Lérida.
- PITA MERCE, R., 1975: *Lérida ilergete*. Lérida.
- PONSICH, M., 1974: *Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir*. Paris.
- PRIETO ARCINIEGA, A., 1977: «La organización social de los celtíberos». *Symposium de Arqueología Romana. Bimilenario de Segovia*, 329-343.
- RAMOS LOSCERTALES, J., 1924: «La devotio ibérica». *Anuario de Historia del Derecho Español*.
- RAMOS LOSCERTALES, J., 1942: «Hospicio y clientela en la España Céltica». *Emerita*, X, 308-337.
- RAURET DALMAU, A. M., 1963: *El proceso de la primitiva población del Panadés*. Barcelona.
- RIPOLL PERELLO, E., 1978: «El problema dels Indiquetes en relació amb la ciutat d'Empúries». *II Col·loqui internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, 137-146.
- RODRIGUEZ ADRADOS, F., 1946: «La 'Fides' ibérica». *Emerita*, XV, 176 y ss.
- RODRIGUEZ ADRADOS, F., 1948: *El sistema gentilicio decimal de los indoeuropeos occidentales y los orígenes de Roma*. Madrid.
- RODRIGUEZ ADRADOS, F., 1950: «La rivalidad de las tribus del Nordeste español y la conquista romana». *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, I, 536 ss.
- RODRIGUEZ BLANCO, J., 1977: «Relación campo-ciudad y organización social en la Celtiberia Ulterior». *Memorias de Historia Antigua*, I, 167-178.
- RODRIGUEZ COLMENERO, A., 1972: «Sobre los pueblos prerromanos del Sur de Galicia». *Boletín Auriense*, II, 193-240.
- RODRIGUEZ COMENERO, A., 1977: *Galicia Meridional Romana*. Bilbao.
- RODRIGUEZ COLMENERO, A., 1979: *Augusto e Hispania. Conquista y organización del Norte Peninsular*. Bilbao.
- RODRIGUEZ DUQUE, J. I., 1978: «Els Pirineus a les fonts classiques». *II Col·loqui internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, 315-318.
- RODRIGUEZ NEILA, J. F., 1973: *Los Balbos de Cádiz. Dos españoles en la Roma de César y Augusto*. Sevilla.
- ROLDAN HERVAS, J. M., 1968: «Fuentes antiguas para el estudio de los vettones». *Zephyrus*, XIX-XX, 315-318.
- ROMERO MASIA, A., 1976: *El habitat castreño: asentamientos y arquitectura de los castros del NO. peninsular*. Santiago.
- ROSELLO BORDOY, G., 1965: *Prehistoria i protohistoria de Mallorca*. Mallorca.
- RUIZ RODRIGUEZ, A., 1977: «Las clases dominantes en la formación social ibérica del Sur de la Península Ibérica». *Memorias de Historia Antigua*, I, 141-150.
- SANCHEZ ALBORNOZ, C., 1929: «Divisiones tribales y administrativas del solar del reino de Asturias en la época romana». *BRAH*, XCV, 315-395.
- SANCHEZ PEREZ, J. A., 1933: «La covada». *IP*, VII, 215-221.
- SCHULTEN, A., 1927: «Las referencias sobre los vascones hasta el año 810 después de J. C.». *Revista Internacional de Estudios Vascos*, 225-240.
- SCHULTEN, A., 1945 a: *Historia de Numancia*. Barcelona.
- SCHULTEN, A., 1945 b: *Tartessos*. Madrid.
- SCHULTEN, A., 1959: *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*. Madrid.
- SCHULTEN, A., 1962: *Los Cántabros y Astures y su guerra con Roma*. Madrid.
- SERRA RAFOLS, J. C., 1942: «El poblamiento de la Maresma o Costa de Levante en la época anterromana». *Ampurias*, IV, 69-110.
- SIRET, L., 1934: *Les premiers celtes en Espagne*. Madrid.
- SOLANA, M., 1957: *Los Cántabros, su manera de ser y de vivir. Aportación al estudio de la Historia económica de la montaña*. Santander.
- SOLANA SAINZ, J. M., 1974: *Los Autrigones a través de las fuentes literarias*. Vitoria.
- SOLANA SAINZ, J. M., 1976: *Los Turmogos durante la época romana*. Valladolid.
- SOLANA SAINZ, J. M., 1978: *Autrigonia Romana. Zona de contacto Castilla-Vasconia*. Valladolid.
- SYME, R., 1934: «The Spanish War of Augustus (26-25 a. C.)». *The American Journal of Philology*, LV, 293-317.
- SYME, R., 1970: «The conquest of North-West Spain». *Legio VII Gemina*.
- TARACENA, B., 1933: «Tribus celtibéricas. Pelendones». *Homenagem a Martins Sarmiento*.
- TARACENA, B., 1954: «Los pueblos celtíberos». *Historia de España Menéndez Pidal*, I, 3, 197-299.
- TARRADELL, M., (ed.), 1968: *Estudios de Economía antigua de la Península Ibérica*. Barcelona.
- TORRES RODRIGUEZ, C., 1948: «Galicia en las guerras Cántabras. La tragedia del Monte Medulio». *Bol. Univ. Santiago*, 50-51; 24 págs.

- TOVAR, A., 1950: «Sobre la complejidad de las invasiones indoeuropeas en la Península». *Zephyrus*, I, 33 ss.
- TOVAR, A., 1955: *Cantabria prerromana o lo que la lingüística nos enseña sobre los antiguos cántabros*. Madrid.
- TOVAR, A., 1968: *Lingüística y Arqueología sobre los pueblos primitivos de España*. Madrid.
- TRIVIÑO, J. M., 1953: «La idiosincrasia localista en la España prerromana». *Cuadernos de Historia de España*, XX, 12-44.
- UGARTECHEA, J. M., 1970: «Etnología prerromana del Pirineo Occidental». *Estudios de Arqueología Alavesa*, IV, 79-106.
- URIA RIU, J. *Cuestiones relativas a la etnología de los astures*. Oviedo.
- VIGIL, M., 1963: «Romanización y permanencia de estructuras sociales indígenas en la España septentrional». *BRAH*, CLII, 225-235.
- VIGIL, M., 1973: *Historia de España. Edad Antigua*. Madrid.
- VIÑAS Y MEY, C., 1959: «Apuntes sobre Historia Social y Económica de España». *Arbor*, 157-158; pp. 33-57, 202-276.
- WATTENBERG, F., 1959: *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*. Madrid.
- WATTENBERG, F., 1960: «Los problemas de la cultura celtibérica». *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. 151-177.